

Asher Benatar

Hojas secas

Siempre, antes de hacer sonar el llamador, me detenía frente a la ventana; infidentes visillos tejidos al crochet, algún fugaz arcoiris coloreando el margen de un bisel, el aliento de los leños encendidos posándose sobre los cristales y pintando estampas que ya en aquel tiempo eran de otro tiempo. Un rito insoslayable que cuando por alguna razón no se producía –a veces la lluvia golpeándome con violencia o el frío torturando mis piernas desnudas y haciendo intolerable la espera– convertía a mis visitas en algo provisional y veteado de inquietud. Tratando de no pisar los rosales que circundaban la casa, me acercaba a la ventana, clandestino, sintiéndome al mismo tiempo adentro y lejos, como si esa escena dorada que me recibía fuera contemplada a través de un largavista. Metiendo mi cuerpo en el ancho muro de la ligustrina, conseguía casi pegar la cara contra los cristales y detener mi vista en cada uno de los objetos que integraban ese escenario íntimo: las arañas de bronce con sus leones coléricos sirviendo de soporte a las inmutables velas de madera, los sillones de pana, con sus colores más débiles en los lugares más rozados, la mezquina luz de la lámpara convocando el lado izquierdo de doña Adela, ceño siempre severo, cuencas en sombra, manos diestras con las agujas de tejer. A su lado, con el pelo color bronce enfatizado por el piano negro que le servía de fondo, Nora hojeaba alguna revista mientras su mano acariciaba al gato con un movimiento mecánico que parecía continuar el de la noche anterior. Luego, cuando Nora me franqueaba la entrada con un gesto cómplice y alegre, más de una vez sentí como si aquel ámbito cambiara, como si algún sacudón de la casa pusiera en evidencia que yo no pertenecía a ella, que mi presencia estaba de más.

Durante años, aun en la época en la que me dejé envolver por la corrupción del olvido, mantuve dentro de mí el olor de aquel lugar, una sensación antigua, guardada, que tal vez surgiera de los cofres en los que Nora investigaba con expresión de primera vez, o del viejo baúl, al que doña Adela recurría cuando necesitaba más lana para su interminable tejido. Y allí, vigilados por las intermitentes miradas de su madre, Nora llegaba hasta mí acarreado entrañables tesoros. Entre ellos, lo que más llamaba mi atención





eran las figuritas, de colores brillantes, gráciles y delicadas, con hermosos ángeles llenos de bucles casi siempre enmarcando mejillas sonrosadas. Iba mostrándomelas una a una, con un gesto pícaro, que a veces chocaba contra la mirada vigilante de doña Adela y se detenía, como arrepentida, todo en silencio, sólo el roce de las agujas de tejer, sólo el inconsciente frotar de los muslos de Nora haciéndome entrar en una inquietud solapada. Nunca las busqué, pero sé que en algún lugar de la casa estarán esas figuritas, esperándome, con su pasado intacto, con su irrenunciable poder de evocación.

En aquel tiempo, cuando Nora me las tendía con gran cuidado, yo las miraba valorativamente, muriéndome de ganas por tenerlas pero sin permitírmelo. Claro, eso no era para los varones, había una especie de código de virilidad que los chicos de mi edad respetábamos con estrictez: pelota, rango, bolilta cola, algún viejo mecano inglés que se transmitía de generación en generación. Por eso, cierta tarde, cuando Nora me ofreció una figurita donde un hada bellísima empuñaba su infaltable varita mágica, me negué dignamente. Nora insistió. *Tomá, sonso, si te gusta.* Sentí que mi cara enrojecía y a pesar de ello, con un gesto de falsa resignación, tomé la figurita tratando de no ajarla. Recuerdo que cuando llegué a casa subí las escaleras corriendo y me oculté en la piecita de arriba para eludir la severa fiscalización de mis padres. La guardé dentro de un libro de Salgari, fascinado ante ese primer secreto que compartía con Nora y que daba a nuestra amistad un carácter distinto.

Asher Benatar

Una mañana de verano en que doña Adela estaba en el fondo de la casa atendiendo a sus begonias, Nora me dijo en voz baja que la acompañara a su pieza. Nunca antes había visitado yo el piso de arriba, de manera que esa invitación trajo hasta mí la sospecha de que la casa ya no me rechazaba en forma tan ostensible. Seguí a Nora hasta su habitación. Al entrar, tuve que buscarla en la penumbra. Las pesadas cortinas ahogaban la luz del día haciendo que las flores del empapelado se oscurecieran y que el techo subiera hasta la negrura. Tomé maquinalmente uno de los paños y comencé a correrlo, provocando el grito de Nora:

-Dejalo así.

-¿Por qué? –pregunté- ¿No te gusta la luz?

-No, no me gusta –respondió ella evasivamente.

Mi gesto interrumpido por Nora había provocado en los paños de la cortina una abertura por la que entraba, debilitada, la dura luz de aquel día de diciembre. Ayudadas por el leve resplandor, las flores del empapelado comenzaban a distinguirse, ocres las paredes, marrón el alto marco de la puerta. Norma estaba en el centro de la habitación, insinuadas las precoces formas de su cuerpo, la mirada rezumando espera. No la entendí o no me atreví a hacerlo, dejé que ella se acercara a mí, que separara sus brazos, que me diera cabida en ellos, que me besara, labios abiertos de Nora, boca cerrada la mía. Ella guió mis manos dictándome el diámetro de sus hombros, ella apretó su cuerpo intuitivo contra el mío temblequeante, y así estuvimos, sin saber qué hacer con nuestras respiraciones ni con nuestros brazos ni con esa inquietud desconocida que iba cobrando entidad sin necesitar de nosotros. Creo que fue Nora quien oyó los pasos de doña Adela golpeteando en los peldaños. Nos separamos al instante, de modo que cuando esa mujer de entrecejo adusto entró a la habitación, cada uno de nosotros estaba enfrascado en algo, Nora en una vieja caja de música, yo en un mapa hecho con alas de mariposa que colgaba de la pared. Pero a pesar de la inocencia que mostraban los cuerpos, había algo en la atmósfera, un resto de besos, una sensación de algo no terminado que acaso nos circundara y que la mujer debió de haber advertido porque su voz casi trepó hasta el grito, que qué era lo que nos habíamos creído con eso de estar solos en una pieza, que ya vería yo cuando ella les contara a mis padres, que me fuera y no volviera a pisar nunca más esa casa. Nora intentó protestar, pero la mirada de su madre fue como una cuerda que maniató su voz y que me dejó solo. Me fui, lento, como si adentro de esa casa quedara algo de mí, algo muy querido.

Nora tardó en buscarme. Miedo, seguramente, o tal vez –eso creí en aquel momento- por la forma sumisa con que yo había acatado la orden de su madre. Muchos días de ese verano me ubiqué tras los visillos de mi ventana observando la casa de enfrente, la pieza de Nora siempre clausurada por las espesas cortinas. Ya no salía cuando bajaba el sol, ya no se sentaba en el

umbral esperando el cotidiano llamado de la madre reclamándola para la cena. Una noche descubrí que las cortinas estaban descorridas y que la silueta de Nora, empujada por la luz que brillaba a sus espaldas, dibujaba a través de las persianas una negrura que yo imaginaba expectante. Nervioso, como acudiendo a una cita, abrí mi ventana y me comuniqué con Nora utilizando un lenguaje gestual, magro tal vez, pero que me llenó de felicidad y que fue repitiéndose en las noches que siguieron.

No sé en que mes ocurrió, sé que era invierno, lluvia violenta y oblicua, frío que se metía en el cuerpo como un metal. Tocó el timbre de mi casa, sin paraguas ni impermeable, apenas el uniforme de la escuela chorreando.

-Vení –me dijo-, vamos.

-Esperá que me pongo la capota –balbuceé, aun sabiendo que mis padres no iban a dejarme salir con semejante noche.

-No, ahora –dijo Nora, curvando su boca en un gesto con el que parecía demostrar desprecio.

No me atreví a hacerla esperar, temía que hasta el más breve intervalo arruinara ese encuentro por el que yo había esperado durante meses. La miré sin saber qué hacer pero diciendo que sí y bajando los escalones de dos en dos. Me tomó de la mano como si adivinara el inicio de mi temor.

-Vamos al parque –dijo, al cabo de unos instantes.

A pesar del agua que ya llegaba hasta mi piel, no protesté. Nora se desplazaba con decisión, hombros erguidos, barbilla levantada, párpados bien abiertos ante la cortina de agua casi horizontal que llenaba las cuencas de sus ojos a cada instante.

-Nora –balbuceé-, esto es una locura, nos vamos a enfermar.

-No te preocupes –susurraba ella, tomándome de los hombros para darme ánimo-. No va a pasarte nada. Mirá qué lindo es todo esto.

El parque parecía darse a la lluvia con la estremecida luz que circundaba a sus faroles arracimados, con la avidez de su enorme fuente que me parecía a punto de desbordar. Nos internamos, quizá más pequeños ante los empinados árboles que apenas podían enervar los golpes de la lluvia, sintiendo el viento como enormes manos heladas que nos empujaban sin norte. Por algún motivo que entonces no alcancé a explicarme, Nora buscaba el hemiciclo de piedra contiguo al rosedal. Cuando llegamos, a pesar del temblor y del tableteo de mis dientes y del miedo que me envolvía, no pude menos que mirar, asombrado, aquel refugio al que Nora me había arrastrado: las columnas grises que sostenían la estructura semicircular parecían blanqueadas por los faroles, mientras que la lluvia parecía una ancha masa que escamoteaba los bordes de los muros vegetales dando al lugar un aspecto irreal. A pesar de mi edad y de mi cuerpo aterido algo quedó dentro de mí, un concepto de grandeza diferido, una clave que descubrí mucho tiempo

Asher Benatar



después.

-Vamos, Nora –dije, desechando agregar ese *tengo miedo* al que por otra parte ella intuía.

-No, vení conmigo, lo más difícil. Aguantá un poco más.

Y me condujo suavemente hasta uno de los bancos de piedra. Nos sentamos, abrazados. A nuestro costado los pinos parecían enormes monjes oscuros con sus túnicas al viento. De pronto uno de los faroles se apagó y fue como si todo nuestro peregrinaje estuviera originado en aquella interrupción, como si una señal intimidatoria me hubiera dicho que comenzaba el verdadero peligro. Me abracé a Nora y sin el menor rastro de vergüenza lloré, primero suave y tímido, después convulsivo, aferrándome a Nora como si en medio de aquel río vertical ella fuera un madero. Creo que adiviné el límite de mis fuerzas. Dio un último vistazo al lugar y se incorporó, apenas los ojos, firme el brazo que se aferró al mío conduciendo mi llanto y mi miedo. Durante el camino de regreso no dijimos una palabra. Nos separamos en la puerta de casa, Nora tranquila, porque doña Adela había salido, yo aterrorizado ante el escándalo familiar que me esperaba.

Volvió a los pocos días. Anochecer también, y ahora una llovizna tranquila, que parecía detenerse alrededor de los faroles del alumbrado. No quise acompañarla. La reacción que mis padres habían tenido noches antes había sido lo suficientemente dura como para desalentar cualquier otra aven